

PLIEGO

Vida Nueva

3.463
20-26
DE JUNIO
DE 2026

15 voces para León XIV

'Vida Nueva' comparte las intervenciones más significativas de las autoridades y peregrinos que tomaron la palabra ante el Papa en España.



Durante la semana que León XIV pasó en Madrid, Barcelona y Canarias, fueron muchas las personas que alzaron voz –y la mirada– ante el Pontífice para compartir sus inquietudes y su visión de los principales desafíos que afrontan la sociedad y la Iglesia. Recopilamos aquí algunas de esas alocuciones más destacadas, que constituyen una llamada al discernimiento personal y colectivo de nuestro ser y hacer como cristianos y ciudadanos.



Felipe VI

FELIPE VI. Rey

6 de junio de 2026

Recepción en el Palacio Real de Madrid

Quiero destacar la enorme labor social de la Iglesia católica, fruto del compromiso de los religiosos y las religiosas, los sacerdotes, los diáconos, los jóvenes que se implican en la vida de la parroquia, los voluntarios que ayudan en residencias, albergues, comedores y centros de acogida. Creo que me hago eco del sentir mayoritario de los españoles cuando reúno en Vuestra Persona mi reconocimiento y gratitud hacia todos esos hombres y mujeres. Entre ellos incluyo, con una admiración especial, a los miles de misioneros de nuestro país que realizan su labor social, educativa, asistencial y pastoral en tantos lugares necesitados del mundo, muchas veces remotos o todavía muy desconectados.

No puede haber mayor contraste con todo ello que el dolor causado por los casos de abuso, que ni son ni pueden ser representativos de la inmensa comunidad eclesial. Vuestra claridad y firmeza, que también quiero reconocer, son esenciales en

el proceso sanador y de reparación del daño infligido: lo son para las víctimas, para los fieles, para la Iglesia y para la sociedad en su conjunto.

Sois, Santo Padre, un hombre de sólida formación científica. Habéis dedicado años de estudio al lenguaje más esencial que existe: las matemáticas. La visión de un hombre de espíritu y de ciencia, con una gran conciencia social y una profunda atención a los cambios, cobra un valor especial en el tiempo que nos toca vivir; un tiempo que ya no se explica en los términos a los que estábamos habituados y que seguimos tratando de interpretar.

En este tiempo corremos el riesgo de olvidar aquello que de verdad importa, de deslizarnos hacia la errada creencia de que –abolidas muchas de nuestras referencias por el pulso de la actualidad– todo vale, todo es admisible, negociable y justificable. Y no es así. La dignidad de la persona, los derechos humanos, los valores democráticos y la legalidad internacional deben seguir siendo nuestros números primos... Porque en ellos –en sus múltiples combinaciones– está la aritmética de la libertad, la igualdad y la justicia; la que suma y multiplica, no la que resta y divide.

Vuestra voz, Santidad, mana del espíritu, de la fe cristiana, y se nutre de veinte siglos de historia. Es hoy fuente de inspiración para más de 1.400 millones de católicos; pero resuena, por su contenido ético, mucho más allá: en todas las conciencias. Esa voz, tan nueva y tan antigua, acaba de plasmarse en la primera encíclica de vuestro pontificado, que aborda, entre otros asuntos, los desafíos inherentes de la IA. Basta con leer el título –*Magnifica humanitas*– para darse cuenta de que no la mueve una visión catastrofista, sino una mirada cargada de esperanza y de optimismo en el ser humano. Un texto humanista.

Vuestras palabras nos instan a reemplazar el miedo –estéril y paralizante– por un conocimiento, meditado y compartido, del potencial y de los riesgos de esta nueva realidad. Y añadís que esa nueva tecnología no puede ser monopolio de unos pocos, sino un instrumento en manos de todos que beneficie a todas las sociedades. Y eso solo será posible si logramos mantener a la persona en el centro de cualquier discurso; jamás reemplazada, subyugada o coaccionada por ningún algoritmo.

Porque, en un mundo anegado de datos y mensajes, se hacen imprescindibles la empatía, la comprensión y la escucha. Vuestro predecesor, el papa Francisco, insistía a menudo en la importancia de saber escuchar. Es paradójico que, en un tiempo de interconexiones, estemos perdiendo esa capacidad... o esa paciencia. Porque cuando la atención está en el otro, en quien tenemos enfrente, podemos identificarnos con su dolor, su alegría, sus debilidades y fortalezas..., ponernos en su lugar. Solo si aprendemos a comprender las razones de los demás, a buscar el terreno común o de acuerdo, avanzaremos unidos.

Recuerdo que, desde la Logia de las Bendiciones, a los pocos minutos de salir del cónclave que os convirtió en sucesor de Pedro y obispo de Roma, lanzasteis al mundo una encendida defensa de la unidad: “Ayudadnos a construir puentes con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un único pueblo siempre en paz”.

La unidad como aspiración surge de la conciencia de nuestra fragilidad como individuos, de nuestra contingencia, de nuestras limitaciones; pero también de esa capacidad inagotable para el bien y la belleza que alcanza su cima cuando el ser humano ama al prójimo, cuando se abre y se entrega a los demás. Recordarlo siempre, de palabra y de obra –y en especial en estos tiempos de incertidumbre– bien merece ser pauta de conducta universal: la unidad como vehículo e instrumento para la paz.

**ALICIA. Voluntaria del Proyecto
Esperanza de las Adoratrices**
6 de junio de 2026
Encuentro con la pastoral social
de Madrid en el CEDIA

Santo Padre, me acerco a usted en nombre de tantas personas voluntarias de la Pastoral Social de la Diócesis en Madrid que vivimos nuestra misión como un servicio humilde a la Iglesia en las personas más vulnerables. Acompañar al otro significa participar de alguna manera en el sueño de Dios, que es su Reino. Es escuchar, acercarse, sostener y reconocer la dignidad sagrada de cada persona. Cuando me acerco a ellos, recuerdo siempre a Moisés ante la zarza, cuando Dios le dice: “Descálzate, porque el suelo que pisas es tierra sagrada”. Por eso te traemos unas sandalias: como signo de respeto, de servicio y de camino compartido con quienes más sufren. También te traigo un regalo que han hecho las mujeres de la casa, de nueve nacionalidades y cuatro religiones diferentes, que son, como las personas que están hoy aquí, un ejemplo de fortaleza. Gente que se pone en pie, alza la mirada y afronta la vida con esperanza.



ANTONIO BANDERAS.
Director, actor y productor
7 de junio de 2026
Encuentro con la sociedad civil
en el Movistar Arena (Madrid)

Hay encuentros que no se miden solo en el tiempo sino en su significado. Su presencia hoy en Madrid, Santo Padre, no es solo una visita. Es un gesto. Un gesto de escucha, cercanía, diálogo con la sociedad civil, y esta se lo agradece. Ese diálogo, a veces, conviene reforzarlo usando un lenguaje común. Ese lenguaje es, y lo ha sido en muchas ocasiones a lo largo de la historia, el arte.

La relación entre la Iglesia católica y el arte no ha sido solo fructífera: ha sido determinante. No tememos equivocarnos al decir que la Iglesia ha sido el mayor productor de arte de la historia de la humanidad. En el corazón de ese impulso creativo está quien atraviesa los siglos, los estilos y las culturas, y que con total seguridad ha sido la figura más representada en la historia del arte: se trata de Jesucristo. El gran protagonista de la película de la vida. En todas las artes, Cristo como una presencia constante. No como una imagen repetida, sino como un icono de paz, de amor y de sacrificio, rodeado de un misterio inagotable.

Yo podría reducir mi intervención simplemente a enumerar los grandes artistas que con sus trabajos han engrandecido el mensaje proveniente de la palabra de Jesús. También podría limitarme a dar una serie de datos que ilustren el camino recorrido entre Iglesia, artistas, intelectuales, filósofos... pero hoy, Santo Padre, siento una cierta obligación de ofrecer una pequeña reflexión en voz alta sobre mi propia experiencia.

Para ello he de retroceder en el tiempo a las celebraciones de la Semana Santa en mi querida Málaga allá por los años 60 del siglo pasado. Esas manifestaciones populares que toman las calles desarrollando un ritual majestuoso de arte y fe, de raíces y devoción. Un poliedro multicolor de elegante belleza, de liturgia teatral que cada año transforma la ciudad en un espacio donde lo artístico y lo espiritual se funden.

Y fue ahí, Santo Padre, en ese marco de arte popular anónimo, cuando con tan solo 4 o 5 años de edad, nació en mí una pregunta que solo contenía una palabra: ¿Dios? Poco a poco, fui encontrando respuestas, algunas tan simples como la que reconocí en los ojos de mi madre mientras esta le clavaba su mirada y su corazón devoto a la Virgen de la Esperanza que pasaba en su trono frente a nosotros en aquellos lejanos años. O a través de la voz que rompía el aire claro de primavera de los cantaores o cantoras de saetas. O entre la gente humilde y buena de mi ciudad que cada año salían, y salen, a la calle con su barrio auestas, portando sus imágenes que les ayudan a buscarse a sí mismos mientras buscan a Dios. Y lo hacen dejando tras ellos el yo, para agarrarse al nosotros... del nosotros pasan al ellos, del ellos al todos, del todos al mundo, del mundo al universo, del universo a Dios, para después volver a tomar tierra intuyendo que Dios puede estar en cada partícula, en cada molécula de cada gota de agua, de cada mar, de cada pétalo de rosa, de cada pálpito, de cada suspiro. >>





» Pero el arte no es solo belleza. El arte es pregunta. Es reflexión. Es contraste. Es revolución. Es tensión entre lo que sabemos y lo que intuimos. El arte ha sido –y debe seguir siendo– el espejo que refleja vidas que pasan de largo ante el prójimo herido. Es también la denuncia de credos vacíos que olvidaron el amor. Es la voz de alerta para sociedades que se acostumbraron a la injusticia. El arte debe ser una alternativa a la violencia. Todas las violencias. Así como lo hizo el propio Cristo, el artista debe actuar con valentía y no abandonar el ser instancia crítica a la sociedad, al propio arte y a la propia religión. Santo Padre... hemos de compartir una obligación. Estamos obligados a mirar, y a ver, y a tratar de entender las complejidades del alma humana.

Todos los seres humanos nos enfrentamos a los grandes interrogantes de nuestra existencia: ¿quiénes somos? ¿Qué sentido tiene la vida, y el dolor? ¿Qué significa amar... de verdad... al prójimo... como a uno mismo? ¿Qué hay más allá? Y en ese ejercicio de búsqueda, todos nosotros nos acercamos, quizá sin saberlo, a lo trascendente.

Santo Padre, en un mundo que corre, que se fragmenta, que a veces se simplifica en exceso, el arte nos ayuda a recuperar la profundidad y el alma que está tratando de ser robada por inteligencias artificiales que deben estar al servicio del ser humano y no al revés. Un alma que nos susurra que hay algo más. El constante susurro de la esperanza de ese algo más. Este encuentro entre la Iglesia y la sociedad civil no es solo oportuno: es necesario.

Necesitamos seguir creando y compartiendo. Seguir preguntando. Seguir buscando belleza, sí... pero también verdad. Porque allí donde nos atrevemos a preguntar en profundidad, siempre, siempre, comienza un camino, un camino que nos puede conducir hacia lo espiritual, que no es más que la fraternidad que late en el corazón de todo ser humano y en el misterioso corazón de Dios.

“Decís vosotros que los tiempos son malos. Sed vosotros mejores y



Teresa Perales y Carolina Marín

los tiempos serán mejores. Vosotros sois el tiempo”, nos decía san Agustín. Santo Padre, yo estoy aquí por *Godspell*. *Godspell* es una obra de teatro musical creada en su país de origen. La traducción de *Godspell* al español es “El Hechizo de Dios”. Yo estoy hoy aquí confesando haber sido víctima del hechizo de Dios.

TERESA PERALES y CAROLINA MARÍN. Deportistas

7 de junio de 2026

Encuentro con la sociedad civil
en el Movistar Arena (Madrid)

Teresa Perales (TP): Santo Padre, es un honor absoluto para Carolina y para mí, en representación de tantos atletas, encontrarnos hoy con usted, en este espacio donde la cultura, el arte, la empresa y el deporte se entrelazan. En su reciente carta “La vida en abundancia”, usted nos recuerda que el ejercicio del deporte no es solamente un espectáculo de masas, sino una actividad común, saludable para el cuerpo y para el espíritu y una expresión de lo que nos une como seres humanos.

Carolina Marín (CM): Así es, Santidad. El deporte, cuando se vive con integridad, es una verdadera escuela de vida. Hoy en día nos enfrentamos a un mundo obsesionado con el rendimiento y el éxito a toda costa, donde a veces parece que solamente importa ganar dinero o batir récords. Frente a esa presión, los deportistas queremos defender hoy la alegría limpia de jugar por el placer de jugar. Esa ilusión que teníamos de niños y que nos recuerda que lo más importante en cualquier pista debe ser siempre la persona.

TP: Para mantener vivo ese espíritu, el primer pilar es la resiliencia ante la adversidad. En la piscina, como en la vida misma, hay días amargos en los que el agua pesa, las lesiones duelen o el cuerpo simplemente no responde como nos gustaría. Usted nos ha recordado que caer no es el final del camino. Aceptar nuestra fragilidad y nuestros momentos difíciles no nos hace débiles. Nos hace humanos. La verdadera victoria no es ser invencibles, sino aprender a levantarnos con la ayuda de los demás.

CM: Esa resiliencia se complementa con la autodisciplina, ese esfuerzo silencioso de entrenar cada día cuando nadie nos está mirando. La autodisciplina necesita del respeto. Las reglas del juego no son una limitación, son las líneas que hacen posible que nos encontremos de forma limpia en la pista. Bajo esas reglas, competir no significa destruir al rival. El adversario no es un enemigo, es un compañero de viaje indispensable que, al dar lo mejor de sí, nos obliga a dar lo mejor de nosotros mismos. Competir es crecer con el otro, nunca contra el otro.

TP: Por eso, el deporte también nos exige la humildad en el éxito. Cuando se llega a lo más alto del podio, es muy fácil caer en el egocentrismo y olvidarnos de que nadie llega solo. La humildad nos enseña a mirar al rival a los ojos con gratitud, reconociendo que su esfuerzo también da valor a nuestras propias victorias.

CM: Santo Padre, gracias por recordarnos con su ejemplo que el deporte es un puente de solidaridad, inclusión y paz. Hoy nos comprometemos a seguir jugando el partido de la vida con lealtad y a llevar estos valores más allá de las canchas. Muchas gracias, Su Santidad y buen partido de la vida.

**ANTONIO GARAMENDI. Presidente
de la Confederación Española de
Organizaciones Empresariales (CEOE)**

7 de junio de 2026

**Encuentro con la sociedad civil
en el Movistar Arena (Madrid)**

Nos encontramos hoy en un momento que no es simplemente una época de cambios, sino un verdadero cambio de época: la inteligencia artificial, la automatización avanzada y la interconexión global están redefiniendo cómo producimos, cómo trabajamos y cómo competimos.

Sin embargo, ante este despliegue de poder técnico, surge una pregunta que nos interpela a todos: ¿estamos construyendo un mundo más eficiente o un mundo más humano? Estamos aquí, no para gestionar una confrontación de intereses, sino para construir un futuro de confianza entre todos. Lo que nos une es más importante que cualquier diferencia.

Santo Padre, nos llena de alegría a todas las empresas españolas –las grandes, las pequeñas y los autónomos que representamos CEOE y CEPYME– compartir este diálogo sobre empresa, trabajo y futuro con las organizaciones sindicales y junto a Su Santidad. Porque empresas y trabajadores, juntos, cooperamos cada día. Lo hacemos creando empleo, generando oportunidades y construyendo prosperidad compartida para millones de personas.

La empresa es mucho más que una estructura económica. Es el espacio donde se emprende y se invierte, donde se impulsa la innovación y crece la economía. Y, especialmente, las

empresas son comunidades humanas donde las personas desarrollan su talento y, con esfuerzo, construyen sus proyectos de vida.

Esas mismas personas que hacen aumentar la competitividad de nuestro país. Una competitividad que no se construye solo con tecnología, inversión o estrategia, sino que se consolida con la confianza, el compromiso y la capacidad de trabajar juntos hacia objetivos compartidos. Compartidos y en beneficio de todos.

Desde esa visión de la empresa, es preciso afrontar lo que, sin duda, es un auténtico cambio de época. La transformación tecnológica, la inteligencia artificial y la competencia global que están redefiniendo la forma de producir, de trabajar y de relacionarnos. Y, precisamente por eso, necesitamos reforzar una visión transformadora y profundamente humanista de la empresa. Una empresa que entiende que el trabajo sigue siendo una de las principales expresiones de dignidad, desarrollo integral y contribución al bien común.

Y esta reflexión es especialmente importante cuando pensamos en los jóvenes. Ellos representan el talento, la innovación y la capacidad de construir el futuro. Las empresas queremos seguir ofreciendo espacios donde las nuevas generaciones encuentren formación, confianza, oportunidades y horizonte. Objetivos que siempre se alcanzan cuando se vinculan el compromiso, el esfuerzo y el propósito.

Por eso es tan importante preservar el diálogo social y la negociación colectiva. Porque no son solo herramientas para resolver diferencias o alcanzar la paz social. Son espacios de

acuerdo, estabilidad y construcción conjunta, que nos permiten garantizar que las empresas son lugares de prosperidad económica, bienestar social y proyección personal. Son ámbitos que nos permiten adaptar soluciones a la realidad de cada sector y cada territorio, haciendo posible, al mismo tiempo, la competitividad empresarial y la protección de las personas. Estoy convencido de que las sociedades más fuertes son aquellas capaces de construir acuerdos duraderos y de avanzar unidas ante los grandes desafíos.

Por eso estamos hoy aquí. Porque compartimos una misma convicción: que el futuro solo podrá construirse sumando capacidades, compartiendo objetivos y poniendo siempre a las personas en el centro del progreso. Ese es el Nuevo Contrato Social. Ese es el compromiso de las empresas españolas.

**UNAI SORDO. Secretario general
de Comisiones Obreras (CCOO)**

7 de junio de 2026

**Encuentro con la sociedad civil
en el Movistar Arena (Madrid)**

Estamos aquí porque nos sentimos interpelados ante los desafíos de un mundo laboral cambiante, inestable, impreciso, porque tenemos la profunda convicción de que estas transformaciones no pueden hacer del trabajo un *input* productivo más, ya que apela a la dignidad de las personas, a su construcción social. Por tanto, la regulación del trabajo requiere de actores sociales y democráticos, de una institucionalidad como es el diálogo social desarrollado en España. Porque no solo hablamos de economía, sino de sociedad, vínculo y comunidad. Las transformaciones conllevan desafíos. El acceso al conocimiento para hacerles frente es fundamental. Las transiciones justas en el empleo requieren que la formación y la adquisición de competencias lleguen al conjunto de las personas trabajadoras. Sobre todo, a las más vulnerables, a las más expuestas.

No nos resignamos a vivir en un mundo que consista en la pugna del >>





» último contra el penúltimo, en la metáfora cainita del bote salvavidas, en el nihilismo moral del individuo tirano, del aquí y el ahora. Tampoco a blindarnos en torres de marfil entre idénticos, ajenos a un mundo que se pretende exterior y compuesto por extraños. Aspiramos a renovar un contrato social para el siglo XXI, a hacer renacer lo más noble de los estados sociales, que es la solidaridad entre anónimos, ensanchando el espacio de los afectos y los vínculos.

El sindicalismo, desde la vivencia cotidiana del mundo del trabajo, aspira a impulsar principios universalistas; trascendencia sobre por qué estamos aquí, por quienes nos precedieron y quienes quedarán en un planeta que tiene que ser habitable; propósitos sociales compartidos para crear sociedades más justas, más dignas, más buenas, en el buen sentido de la palabra bueno.

JOSÉ ÁLVAREZ. Secretario general de la Unión de Trabajadoras y Trabajadores (UGT)
7 de junio de 2026
Encuentro con la sociedad civil en el Movistar Arena (Madrid)

El diálogo social es un instrumento democrático esencial para construir un marco que vaya más allá de la mera regulación técnica de la IA y se cree el marco de un nuevo contrato social, centrado en la dignidad humana, la justicia social y el trabajo decente. Desde el diálogo social, la inteligencia artificial deja de ser una herramienta de sustitución laboral y se convierte en un proyecto colectivo, de valores compartidos, transparencia en los algoritmos y útil a la transición justa y respeto de la dignidad de las personas trabajadoras.

La IA puede ser una herramienta muy poderosa para aumentar la productividad laboral, reducir el tiempo de trabajo y mejorar la calidad de vida de las trabajadoras y trabajadores, pero sus beneficios no son automáticos. Depende de cómo se diseñe, regule y distribuya su impacto. La transición justa a la digitalización,

pactada con los interlocutores sociales, permite a los trabajadores y trabajadoras enfocarnos en tareas de alto valor, más creativas e innovadoras, y avanzar en economías más inclusivas que generan sociedades más felices. El nuevo contrato social consiste en que este camino de progreso se haga desde la equidad y la justicia, y que ayude a combatir la desigualdad, a crear más bienestar y cohesión social.

ÁNGELA DE MIGUEL. Presidenta de la Confederación Española de la Pequeña y Mediana empresa CEPYME
7 de junio de 2026
Encuentro con la sociedad civil en el Movistar Arena (Madrid)

Santidad, concluyo con una convicción: cuanta más tecnología tengamos, más humanidad necesitaremos. La empresa del futuro no podrá sostenerse solo sobre datos y predicciones; necesitará confianza, sentido y vínculos humanos reales. Necesitamos también formar directivos y profesionales, representantes empresariales y sindicales, con una mirada humanista, que pongan la tecnología al servicio de las personas.

Y sabemos que el diálogo social es una buena herramienta para construir soluciones equilibradas, adaptadas a la realidad de cada empresa, cada sector y cada territorio. Especialmente relevante en un país como el nuestro, con un tejido productivo especialmente de pymes y autónomos. Ahí es donde se construye un crecimiento sólido: cuando empresa y trabajadores avanzan juntos. Y el

Bien Común es nuestra brújula, que nos lleva a “Alzar la mirada” hacia los valores de Verdad, Libertad, Justicia y Amor para humanizar la técnica y construir la civilización del trabajo. Este es el Nuevo Contrato Social.

CARMINA. Profesora
9 de junio de 2026
Vigilia de oración en el Estadio Olímpico de Barcelona

Santo Padre, en un mundo donde las cosas se gritan, hay aspectos de la vida que permanecen callados, con vergüenza; como la depresión, una enfermedad silenciosa que afecta a muchas personas, jóvenes y adultos, y que conlleva una oscuridad, aislamiento y un dolor inmensurable. A veces, este dolor es tan abrumador que la idea de desaparecer parece la única salida. Yo misma luché por salir de esta enfermedad, en silencio durante años. Pero una noche de viernes perdí la batalla e intenté quitarme la vida. Estoy aquí porque Dios me dio una segunda oportunidad, y le estaré eternamente agradecida, pero hay muchos otros que continúan enfrentándose a esta oscuridad. Por eso, le pregunto de todo corazón: ¿dónde podemos ver a Dios cuando la oscuridad es absoluta y ya no podemos más? ¿Cómo podemos confiar en Dios, cuando parece que nada, ni uno mismo, vale la pena?

DESIRÉE. Estudiante
9 de junio de 2026
Vigilia de oración en el Estadio Olímpico de Barcelona

Buenas noches, Santo Padre. Soy de Barcelona, tengo 20 años y estoy estudiando Derecho. Vengo de una familia pequeña de un barrio muy humilde de Barcelona. Durante mi infancia, mi padre intentó matar a mi madre, y se salvó porque se interpuso un chico que murió. Mi padre ingresó en la cárcel, y mi madre se refugió en el mundo de las drogas. A los 10 años, los servicios sociales se hicieron cargo de mí, y me llevaron



al centro de menores de San José de la Montaña. Al principio fue duro, porque había construido un muro para protegerme, donde no dejaba entrar a nadie. Pero allí, donde me hablaron de Jesús, empecé a rezar y me bauticé. Más adelante, me acogió una familia creyente. Con ellos, experimenté por primera vez el amor de una familia y mi corazón comenzó a abrirse poco a poco. Durante mi adolescencia me rebelé contra Dios muchas veces. Sin embargo, me invitaron a un retiro, me encontré con su amor y despertó en mí el deseo de perdonar a mi padre. Siendo sincera, han pasado unos meses, y aún me cuesta perdonarlo. A veces levanto los ojos al cielo y le pregunto a Dios: ¿dónde estabas cuando era una niña? Santo Padre, ¿cómo puedo perdonar a mi padre, que estuvo a punto de dejarme sin madre? ¿Cómo puedo reconciliarme de verdad con Dios?

MONTSE. Madre

10 de junio de 2026

Encuentro con los presos de la cárcel
Brians 1 en Sant Esteve Sesrovires

Hola, Santo Padre. Soy Montse, de Barcelona. Gracias por visitarnos hoy, nos da muchísima alegría porque aquí muchas veces nos sentimos olvidadas. Durante mucho tiempo yo he intentado creer en Dios y no lo había conseguido. Realmente la vida no me lo había permitido. Ahora, incluso dentro de la cárcel, sí puedo hacerlo. Ha sido difícil porque la he sufrido mucho, he experimentado la muerte de la gente que más quería, y aunque me han transmitido la fe, me he enfrentado con el silencio de Dios. A pesar de tener la mejor familia del mundo, también hoy sé que les he hecho mucho daño. No podía nunca aceptar la muerte de mi hijo, no entendía por qué Dios tenía que llevárselo. He peleado mucho con Él, y me ha costado la vida entender que Dios no es el culpable.

Hay pido perdón a Dios por todo. Pedí la gracia de la fe, y experimento cómo se ha ido el rencor. Volví a creer aquí dentro y agradezco el don de la



fe. A partir de la fe y de creer, soy mejor persona, descubro cosas que no sabía que tenía en mí.

Le quiero dar gracias al Señor porque, entre todo lo que ha hecho por mí, también me dio el regalo de poder dormir. Yo padecía hace mucho tiempo un insomnio severo, que no tenía solución, ni medicada e internada en un hospital. Una noche, cogida de una cruz, pude dormir. Yo sé que fue Jesús quien me ayudó.

Ahora solo espero reencontrarme con mi hijo en el cielo. También espero la libertad y confío en sus planes.

TITO VILLARMEA.

Capitán de Salvamento Marítimo
en la Guardamar Urania

11 de junio de 2026

Encuentro con los migrantes
en el puerto de Arguineguín

Su Santidad, soy Tito Villarnea, capitán de Salvamento Marítimo en la Guardamar Urania, un nombre que evoca lo celestial. Así me siento hoy, aunque no he dormido. No he dormido desde que supe de su visita a estas Islas Canarias que tanto quiero. Llevo 18 años en Salvamento Marítimo, un organismo público dedicado a salvar vidas en la mar. Estoy acostumbrado a la tensión: naufragios, noches oscuras, voces que esperan la llegada de nuestras embarcaciones naranjas. Pero hoy el nerviosismo es distinto. Creo que nadie está preparado para hablar ante un Papa.

Pienso mucho en mis abuelos gallegos. Apenas salieron una vez de su pueblo: viajaron casi 20 horas para ver a Juan Pablo II en Fátima. Yo te-

nía nueve años y nunca olvidé sus rostros. Hoy estoy aquí convencido de que ellos y mis compañeros de Salvamento Marítimo lo merecen.

Durante estos años, junto a mi equipo, he rescatado a más de 20.000 personas. Es una cifra que duele y que no se olvida. Todos conocemos la imagen de Canarias de día, pero de noche es otra realidad: mar brava, oscuridad absoluta y embarcaciones frágiles cargadas de vidas.

Nunca olvidaré a una madre que viajaba en una patera con su hijo, entre heridos y cuerpos sin vida. Ya a salvo a bordo, la mujer se acercó al niño, de unos 14 años, le quitó el gorro y la cazadora y sacó unos pendientes dorados para colocárselos. Era una niña. Lloró ella y lloré yo, porque soy padre de dos adolescentes. Podrían haber sido mis hijas. En cada rescate vemos a una persona cuya vida depende directamente de nosotros.

La mar forma parte de mi historia familiar. Mi bisabuelo murió en ella; mi padre y mi abuelo, pescadores, tuvieron que ser rescatados mientras faenaban. Yo continúo esa tradición, pero salvando vidas. Hoy mis palabras representan a los más de 1.600 profesionales de Salvamento Marítimo que cuidan la vida en la mar. Yo solo soy uno de ellos.

Quiero terminar con un mensaje de esperanza. Ojalá nunca más tuviéramos que rescatar a nadie. Trabajemos como sociedad para que este drama disminuya y para construir un mundo más justo. Mientras ese día llega, en Salvamento Marítimo seguiremos dándolo todo por cada vida que necesite nuestra ayuda en la mar. >>





BLESSING. Persona migrada

11 de junio de 2026

Encuentro con los migrantes
en el puerto de Arguineguín

» **S**antidad, es un honor y una alegría inmensa compartir este testimonio ante usted. Hoy no soy yo quien debería estar aquí. Leeré en su nombre el testimonio de una mujer víctima de trata que por razones de seguridad no puede estar presente.

Me llamo Blessing. Soy de Nigeria. Vengo de una familia de ocho hermanos, y desde muy pequeña aprendí lo que significa luchar cada día solo para sobrevivir. No me fui de mi país porque quisiera, sino porque no había otra salida. Alimentarnos era casi imposible. A los 14 años ya estaba sola frente a la vida, buscando cómo seguir adelante. Una lucha que no ha terminado. Con 22 años tomé la decisión más difícil de mi vida: dejar Nigeria. Dejar a mis dos hijas, porque quería darles un futuro mejor, que no vivieran lo que yo había vivido.

La mafia me llevó a un lugar donde me hicieron un ritual: el "yuyu". Me dijeron que tenía una deuda de 25.000 euros que debía pagar cuando llegara a Europa. Así empezó mi cautiverio. Esperé seis meses para poder salir. Sin apenas comer, sin poder bañarme durante semanas, viviendo en condiciones que no deseaba a nadie. Y cuando llegó el momento de cruzar el mar, vi cómo las personas que salieron antes que nosotros ese mismo día murieron ahogadas. Tuve que elegir. Vivir sufriendo o cruzar y jugármela. Morir intentándolo, o quedarse y no tener nada. Elegí cruzar.

Gracias a Dios, la patera en la que viajé llegó a la otra orilla. Pero el sufrimiento no terminó ahí. Durante el viaje quedé embarazada de un hombre de la mafia. Al llegar a España, me quitaron a mi bebé para obligarme a prostituirme. Me trataron muy mal. Me separaron de mi hijo. Tenía 11 meses cuando la policía detuvo a quienes me tenían presa, y por fin pude tenerle conmigo. Desde entonces, con la ayuda de la Iglesia a través de las trabajadoras sociales, la vida

ha empezado a cambiar. Poco a poco. No ha sido fácil, y hay días en que la esperanza se hace muy pequeña. Pero he aprendido a creer en mí de nuevo. He aprendido que puedo lograrlo.

Le agradezco a Dios haber encontrado a estas personas que hoy están aquí porque me tendieron la mano cuando más lo necesitaba. Y quiero agradecer de corazón la oportunidad de contar mi historia hoy, aquí, ante ustedes. Rezo para que Dios les bendiga y les dé fuerzas para seguir ayudando a otras mujeres como yo.

Muchas gracias.

BOUSSO DIOUF. Persona migrada

12 de junio de 2026

Encuentro con los migrantes
en el centro 'Las Raíces' de La Laguna

Santo Padre, gracias por estar hoy aquí, en esta tierra que para muchos de nosotros ha significado el primer lugar de esperanza después de un largo camino de sufrimiento. Hoy hablo ante usted no solo en mi nombre, sino en nombre de muchas personas emigrantes que han dejado atrás su hogar, su familia y su vida buscando seguridad, paz y dignidad.

Venimos de países donde la pobreza, la violencia, la guerra, la persecución y la falta de oportunidades nos obligaron a partir. Nadie abandona su tierra, su familia y sus raíces por voluntad propia cuando puede vivir en paz. Dejamos atrás nuestros recuerdos, nuestros seres queridos y parte de nuestro corazón, con la esperanza de encontrar una vida mejor.

Pero el camino hasta llegar aquí no fue fácil. El trayecto estuvo lleno de miedo, dolor e incertidumbre. Cru-

zar rutas peligrosas, especialmente el océano Atlántico hacia Canarias, significa enfrentarse al hambre, al frío, a la desesperación y, muchas veces, a la muerte. Muchos hermanos y hermanas perdieron la vida en el mar, y otros siguen sufriendo en silencio, víctimas de mafias que se aprovechan de la necesidad y del sufrimiento humano. Hoy, desde esta tierra de acogida (Canarias), queremos elevar una petición sencilla pero profundamente humana: dignidad. Pedimos que las fronteras no se conviertan en muros de indiferencia. Que no se nos mire solo como emigrantes, números o documentos, sino como personas con historia, con sueños, con familias y con esperanza. Nuestra humanidad debe estar siempre por encima de cualquier condición legal.

También queremos expresar nuestro agradecimiento. Gracias a la Iglesia, a las comunidades de acogida, a las organizaciones y a todas las personas solidarias que nos tendieron la mano cuando llegamos con miedo, cansancio e incertidumbre. Gracias por ofrecernos refugio, escucha y una oportunidad para reconstruir nuestras vidas. Santo Padre, su presencia hoy en Canarias representa una luz para quienes muchas veces no tenemos voz. Le pedimos que rece por quienes perdieron la vida en el camino, por quienes aún atraviesan mares y fronteras buscando seguridad, y por quienes luchamos cada día por construir un futuro digno, en paz y con esperanza.

No pedimos privilegios.

No pedimos compasión.

Pedimos respeto, humanidad y la oportunidad de vivir con dignidad.

Muchas gracias. ●

Boussou Diouf

